

Esbozo de una amistad

David Leyva González

Desde la perspectiva filosófica e intelectual, una de las amistades más interesantes de la Revolución Cubana fue la de Armando Hart Dávalos y Ernesto “Che” Guevara. Como Hart tuvo una vida más extensa, es a través de sus escritos, en disímiles años, por donde podemos establecer una línea de información sobre esta cofradía.

En el periódico chileno *Santiago*, mayo de 1997, recuerda que la persona que le escribió con insistencia de un médico marxista argentino que era necesario conocer fue Antonio “Ñico” López. Con esta referencia de un amigo es que se produce el esperado encuentro un 17 de febrero de 1957, en la conocida hoy como “Primera reunión entre la Sierra y el Llano”.

Ante un auditorio argentino y uruguayo, en 2003, explicó que la historia tiene hilos invisibles que unen a los héroes, a pesar de las distancias de épocas y procedencias, y en el caso particular de aquella lucha iniciada en la Sierra Maestra no resultaba nada extraño que apareciera un combatiente de otras tierras. Incluso él fue quien le advirtió al Che que en los movimientos independentistas cubanos ha habido siempre un extranjero que el pueblo hizo como suyo, ilustrándole con el ejemplo de Máximo Gómez en el siglo XIX, protagonista también de una invasión militar de Oriente a Occidente.

En relación con el pensamiento del Che, Hart expuso ante aquel auditorio, que sin lecturas previas de Martí, se produce una continuidad revolucionaria entre ellos del siglo XIX al XX, porque ambos llegaron por diferentes rutas a una misma meta de latinoamericanismo y antimperialismo. Él observa que nuestros héroes americanos tienen una vocación de ayuda muy peculiar e ilustra la diferencia entre la expansión caudillista de Simón Bolívar y Napoleón Bonaparte; por lo que es partidario de que poseamos algo que escasea en la cultura europea: la solidaridad.

Otro momento de interesantes análisis de Armando Hart es el prólogo a la segunda edición del libro *De Ingenieros al Che*, año 2006. Donde expresa que los movimientos de izquierda en nuestro continente se han caracterizado por no tomar lecciones de los

reveses sufridos, y han presentado un riesgoso divorcio entre la práctica política y la cultura. José Martí, indudablemente, es también un paradigma a seguir en cuanto al hecho de la preparación cultural que debe tener un líder político. Cambió estrategias comunicativas, pero nunca dejó de usar su intelecto, sea en el trato con tabaqueros, clases de la Liga, clubes de emigrados o la tropa dispar y humilde que encontró en los campos cubanos. En dicho prólogo Hart planteó:

[...] tras la muerte de Lenin se impuso un materialismo vulgar, tosco, que paraliza el enriquecimiento y la actualización de las ideas de Marx y Engels [...] En las condiciones de América Latina desarrollar prejuicios contra los intelectuales equivale a renunciar a las banderas de la cultura; es con ellos como podemos llegar a las posiciones más radicales.

Y sugiere el repaso de los trabajos de Antonio Gramsci, según él, “el más grande pensador europeo tras la muerte de Lenin”. Parecido a la tesis del libro emblemático de José Ingenieros plantea que: “se marchó por el camino de la mediocridad y de la torpeza política. Se requería una política culta para movilizar de forma estable y continuada a las masas”.

Armando Hart fue un apasionado del suceso ocurrido en la historia americana como Reforma Universitaria de Córdoba, 1918, eslabón inicial, en su opinión, del despertar de las ideas socialistas en Latinoamérica. La influencia de un gran pensador como Ingenieros tuvo un eco extendido en estudiantes universitarios como Julio Antonio Mella, Ernesto Guevara y Fidel Castro. Hart resalta que “fue por la vía de la cultura y del pensamiento universitario como llegaron a nuestra América las ideas socialistas y fue, desde la Argentina, donde primero se recibieron y multiplicaron”. Pero otra vez remarca en sus estudios sobre este período la dificultad entre teoría y práctica, entre cultura de ideas y militancia política:

[...] el déficit principal de lo que se llamó izquierda en la centuria concluida fue haber divorciado las luchas sociales y de clases de la mejor tradición cultural latinoamericana [...] las aspiraciones de redención socialista que comenzaron en Córdoba fueron después enturbiadas por la mediocridad intelectual y moral señaladas por Ingenieros en las conclusiones de sus investigaciones psicológicas y

filosóficas [...] es necesario investigar el papel de las ideas, de un lado y, del otro, el factor que entorpece su crecimiento, es decir, la incultura, la ignorancia y las ambiciones mezquinas [...] Los sistemas políticos y sociales perecen no solo por maldad, sino porque son guiados dramáticamente por la torpeza.

En el periódico caraqueño *A plena voz*, mayo de 2007, Hart aborda otro hecho americano que lo impactara grandemente: la presidencia de Salvador Allende y su trágica muerte a manos del propio ejército chileno. Tanto Allende como el Che, a pesar de sus diferencias de método, buscaban una nación para los humildes y los desposeídos como la soñó Martí. En el crecimiento político de ambos fue indispensable la amistad con Fidel Castro. Y narra Hart que “cuando Guevara dedicó su libro *La guerra de guerrillas* a Salvador Allende expuso que por caminos distintos ambos perseguían el ideal del socialismo”. Allende se trasladó en 1967 (siendo todavía senador) a la frontera boliviana para recoger a los últimos combatientes de la guerrilla que tuvieron que salir del país tras los sucesos de Quebrada del Yuro. “Ambos entregaron sus vidas a favor de la utopía universal del hombre”, pero los dos fueron víctimas de la nefasta alianza encubierta entre fuerzas armadas y poder económico. Lo sucedido entre Salvador Allende y la traición de su general y futuro dictador chileno Augusto Pinochet, le recuerda lo sufrido por Cuba en las ilusiones depositadas por el pueblo en Eduardo Chibás y su Partido Ortodoxo, todo esto echado por tierra por Fulgencio Batista y el golpe de estado del 10 de marzo de 1952. Hart concluye este artículo sobre Allende y Che con la idea de que “La disyuntiva no es entre caminos pacíficos o violentos [...] El entrecruzamiento de sus concepciones de lucha es la enseñanza más importante que estos dos hombres dejaron para la historia americana”.

Como cualquier pensador hay categorías filosóficas del Che que necesitan reactualizarse de manera inteligente. Cuánto reduccionismo interpretativo no se permeó a expresiones como el “hombre nuevo”, expuesta fundamentalmente en *El socialismo y el hombre en Cuba*. Es obvio que las políticas lingüísticas exigen con razón la inclusión y si como dice el refrán: “cuentas claras conservan amistades”, hoy en día lenguaje transparente incluso evita malos entendidos. Queriendo mostrar el Che un pensamiento futurista de cómo debería ser el cubano del siglo XXI quedó más obsoleto, en cuanto a discurso filosófico, que la todavía impresionante máxima martiana del XIX “con todos y para el bien de todos”. Sin embargo, la concepción del sacrificio de ambos resulta todavía un

verdadero dilema a seguir para cualquier dirigente, sea de Cuba o del mundo, del presente o del porvenir. En el propio ensayo *El socialismo y el hombre en Cuba*, el Che es partidario de que para evitar la futura corrupción “en nuestro caso” (es decir, el de los jefes revolucionarios) “hemos mantenido que nuestros hijos deben tener y carecer de lo que tienen y de lo que carecen los hijos del hombre común; y nuestra familia debe comprenderlo y luchar por ello”, idea esta que, llevada al lenguaje poético de Martí, se traduciría en: “Con los pobres de la tierra/ quiero yo mi suerte echar:/ el arroyo de la sierra/ me complace más que el mar”. Tanto uno como otro deben ser analizados en el increíble crecimiento de sus conocimientos e ideas y en la meritoria fuerza de voluntad de ser ejemplos vivos de lo que decían o pensaban. Hay siempre una tendencia interpretativa muy cómoda que analiza a estos héroes como seres de principios invariables, carentes de un continuo aprendizaje, sed de lecturas, dudas y llegada a nuevos conocimientos que equivaldrían a cambios en sus conceptos e ideas. En uno de sus artículos sobre el Che, Hart expresa:

Me conmueve recordar que las últimas conversaciones que sostuve con Ernesto Guevara, antes de su salida de Cuba para otras tierras del mundo, giraron en torno al pensamiento de Freud. Es que se produjo en el siglo xx un drama: el pensamiento filosófico europeo, cuya cúspide más alta estaba en Marx y Engels, solo podía llegar a una escala superior a partir de la información e investigación científica sobre la subjetividad. Sin embargo, quien se introdujera en la centuria anterior en el tema de lo subjetivo tropezaba con gravísimas incomprensiones políticas. Hay que estudiar este impedimento de carácter político que frenó un avance superior del conocimiento filosófico en el siglo xx, y esto no puede hacerse sin estudiar con profundidad las ciencias de la psicología y la antropología y, por tanto, no es posible realizarlo desconociendo a Freud. Hay que situarlo como un elemento clave para hallar nuevos caminos de la filosofía. El ilustre austríaco estudió al hombre que existe y hay que considerar al hombre que puede existir y que se halla en potencia en el actual. Por este camino nos vamos a orientar en dirección a la formación del hombre nuevo del que nos habló Ernesto Guevara.

Esta arista de las constantes inquietudes intelectuales del Che y su pensamiento crítico (sintagma este que da título a una de las revistas más importantes de finales de la década de

1960 en Cuba e injustamente interrumpida en el difícil año 1971) se observa con exactitud en una de las últimas pruebas que demuestran la enriquecedora amistad entre Hart y el Guerrillero Heroico: la carta del 4 de diciembre de 1965 escrita desde Dar-Es-Salaam, Tanzania. En la misma hay toda una proposición de Guevara al primer Ministro de Educación de la Revolución de cómo mejorar los estudios filosóficos de los militantes del partido. Advierte que sobre filosofía “en Cuba no hay nada publicado, si excluimos los ladrillos soviéticos que tienen el inconveniente de no dejarte pensar”. Le confiesa lo ardua que ha sido esta tarea de lecturas para él: “(he luchado duramente con el maestro Hegel y en el primer *round* me dio dos caídas)”.

El programa propuesto a Hart por el Che es diverso y desprejuiciado lo divide en: clásicos filosóficos, grandes dialécticos y materialistas, filósofos modernos, clásicos de la economía y precursores, Marx y el pensamiento marxista, construcción socialista, heterodoxos y capitalistas, y polémicas. Como complemento sugiere, además, la edición de una Historia de la filosofía, que podría ser la de Hegel y un diccionario filosófico. En su lista de autores para leer sobresalen figuras como: Marx, Lenin, Engels, Stalin, Rosa Luxemburgo, Karl Kautsky, Jruschov, Trotsky, teóricos del capitalismo como Marshall Berman, John Maynard Keynes, Joseph Schumpeter, Prudhon, Dürhing, Adam Smith. Y resume: “es un trabajo gigantesco, pero Cuba lo merece y creo que lo pudiera intentar”.

Hart recordó al Che durante toda su vida. En el periódico *Granma*, 1988, cuando hubiera cumplido el guerrillero 60 años, volvió a destacar ese don del argentino de complementar práctica con teoría y que su formación comunista no venía solo de puras lecturas sino también de un conocimiento vívido de la realidad y de su experiencia de combate. Lo describe como “infatigable investigador”, como “promotor de nuevos pensamientos” y “combatiente de profunda vocación intelectual”. Planteó, además, que el Che “ha de considerarse como uno de los grandes precursores de la necesidad de cambios revolucionarios en el socialismo” [...] “era enemigo jurado del burocratismo, de las trabas administrativas”.

Es muy interesante la precepción de Hart de que el socialismo tiene como uno de sus inconvenientes fundamentales la ineficacia económica y, en este artículo de *Granma*, menciona esta idea del Che de “un original capitalismo de Estado como una posible línea de repliegue, pero en manos de la clase obrera”, es decir, el reto de utilizar

estrategias de la economía capitalista pero con objetivos socialistas. Y para concluir reafirma que Guevara: “no era dogmático, era enemigo acérrimo del esquema, de las fórmulas petrificadas, decidido partidario de la búsqueda de la verdad, del análisis de todos los problemas con espíritu de creatividad”.

Armando Hart entre sus hazañas calmadas tuvo la de desprejuiciar y la de desustanciar de fundamentalismo la cultura cubana luego del período más stalinista de nuestra política cultural, descrito por el ensayista Ambrosio Fornet como “quinquenio gris” y genialmente analizado por su hijo Jorge Fornet en su libro *El 71*. Creo pensar que el Che hubiera estado satisfecho de su amigo Hart en el desafío que tuvo este de crear el Ministerio de Cultura. La relación epistolar entre ambos y el aprecio que se profesaron, teniendo como enlace a Haydée Santamaría, demuestra, en ambos, un socialismo más dialogante y creativo, que está en constante aprendizaje y que valora el sacrificio y trabajo intelectual del líder político.